

Josefina Muriel

“La música en las instituciones femeninas existente en el Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio de Loyola, Vizcaínas”

p. 219-226

Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel

Amaya Garritz (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

238 p.

Figuras

ISBN 968-36-8273-1 (empastado)

ISBN 968-36-7742-8 (rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/mujer_legado.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



UNO DE SUS ÚLTIMOS INTERESES





LA MÚSICA EN LAS INSTITUCIONES FEMENINAS EXISTENTE EN EL ARCHIVO HISTÓRICO DEL COLEGIO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, VIZCAÍNAS

JOSEFINA MURIEL

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

A la memoria del ilustrísimo don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, arzobispo de México y virrey de la Nueva España.

En una época en la que no existía aún el fonógrafo, los estéreos, los lectores de discos compactos, la radio ni la televisión, la música instrumental ejecutada por personas tenía un importante lugar tanto en los actos de alabanza a Dios como en los hogares, los coliseos y las fiestas de todas las clases sociales. Es por ello que las mujeres no podían quedar fuera del arte de la música.

Reconociendo los antecedentes de las grandes músicas medievales cuyas obras se han editado con gran éxito en los últimos años, recordaremos a las nuestras y sus obras que, aunque se perdieron con motivo de la desamortización del siglo XIX sus nombres y hechos, se han conservado en viejos papeles.

En relación con el siglo XVI se consigna el nombre de sor Inés de la Cruz Castillet, compositora que dirigía la escoleta del convento de Santa Teresa, fundado por ella. Su música era tan apreciada por sus contemporáneos que al oírla asistían arzobispos y virreyes. Otra compositora y cantora fue Juana de Santa Catalina, fundadora del convento dominicano de este nombre y lugar donde Gerónima de la Trinidad Peñaloza se distinguía por saber cantar y bailar “hermosamente”, pues sus padres la habían instruido desde niña en ambas cosas para que pudiese hacer “buen matrimonio”.

El cronista fray Agustín de Vetancourt menciona a Catalina Álvarez de Arteaga como insigne música y la mejor bajonera de la Nueva España del siglo XVII. No podemos olvidar a sor Juana Inés de la Cruz, cuyo interés en la constitución de la música la llevó a escribir un

tratado sobre la armonía que tituló “El Caracol”, desgraciadamente perdido. En sus “Villancicos de la Asunción” de 1676 el tema central es la escala musical y “la armonía”, “la consonancia” y “las disonancias”, todo lo cual la muestra muy involucrada en la música y, aunque no sabemos exactamente qué artefactos tocaba, sabemos por su biógrafo el padre Calleja que en su celda tenía numerosos instrumentos musicales.

Del siglo XVIII conocemos un gran número de mujeres músicas por las referencias que de ellas se dan en las diferentes instituciones a las que pertenecieron. De entre éstas mencionaremos a María Josefa Reyes de Aguilar y López, organista en el convento de San José de Gracia, a la que siguen en éste y otros conventos muchas mujeres dedicadas al arte musical. Las hallamos en los grandes colegios, como por ejemplo en el Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo de Querétaro, donde fue notable la arpista Lugarda de Jesús, y al lado de ella había violinistas y guitarristas.¹

Petra de Alvarado, fundadora del convento de las indias caciques de Corpus Christi, fue distinguida bajonista, y la india cacique Antonia Pérez de los Santos, monja de esta institución, tocaba la vihuela y “cantaba con hermosa voz”.² Respecto de los maestros que las enseñaron, aunque hay pocas noticias son suficientes para formarnos una idea de los caminos de su aprendizaje. Durante los siglos XVI y XVII, en la Ciudad de México las mujeres recibían enseñanza musical tanto en las instituciones femeninas como en colegios y conventos de maestros que eran a la vez miembros del coro de la catedral de México.

En el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad, fundado en 1548, el primero que se menciona es el maestro y compositor Cristóbal Morales, cuya categoría está manifiesta en el hecho de haber sido quien compuso “el canto de órgano para las exequias de Carlos V, de cuya hermosura comentaría Cervantes de Salazar que “en medio del dolor dio gusto oírle”.³ Para enseñarles canto y formar escoleta se acudió al maestro Francisco Portillo y en 1590 al racionero Antonio Illana. Los nombres de los grandes músicos novohispanos se suceden a lo largo de los tres siglos de vida del colegio, encontrándose entre ellos el músico Mateo de la Roca, el organista Alonso de Mesa y otros más a los

¹ Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, segunda edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. 488-489.

² Josefina Muriel, *Las indias caciques de Corpus Christi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, p. 125.

³ Francisco Fernández de Salazar, *Tu nido imperial*, México Editorial Porrúa, 1963 (“Separ cuantos...”, 25), p. 25.

que se suman mujeres maestras como Isabel de San Jerónimo y Beatriz Arteaga.⁴ En los conventos de monjas también se enseñaba música a las educandas.

Fuera del ámbito institucional, las doncellas recibían esta enseñanza en sus propias casas, como lo leemos en sus biografías. Por ejemplo, a Petra de Alvarado y Luna la enseñó a tocar el bajón el maestro Loaysa, y a Francisca Carrasco posiblemente el distinguido Antonio de Salazar.

Las mujeres novohispanas estudiaban música no sólo, como vulgarmente se cree, por ser el estudio de ésta un adorno en la educación femenina, sino porque el conocimiento de la música les permitía ejercer uno de los pocos oficios que les permitían tener una actividad redituable. Así lo comprendió ese gran arzobispo y virrey que fuera el ilustrísimo Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, del que en su biografía se afirma que si en su gobierno “no hizo agravio a nadie” sus obras fueron de “trascendental acierto”, y precisamente las que hizo para las mujeres lo confirman. Se interesó en la creación del Colegio de San Ignacio Vizcaínas que, en su tiempo, estaba proyectando para la educación de las niñas y protección de las doncellas y las viudas. Sus fundadores fueron el rector de la Real y Pontificia Universidad de México, doctor José de Eguiara y Eguren, y sus compañeros de la Cofradía de la virgen de Aránzazu.

Fue el propio arzobispo Vizarrón y Eguiarreta quien encabezó la lista de donantes para construirlo, y su aportación fue de 6 000 pesos, la más alta que entonces se obtuvo, y la hizo con el objeto de que a ejemplo suyo otros contribuyeran, como sucedió. El 30 de julio de 1734, en su calidad de virrey, presidió la bendición y colocación de la primera piedra de la iglesia de esta institución, y él mismo fincó las bases de su independencia de toda autoridad eclesiástica en su gobierno, al aprobar los proyectos que le presentara su amigo Manuel Aldaco.

Por otra parte, su ilustrísima tenía el interés personal en la música, como lo manifestó al apoyar la construcción del segundo órgano de la catedral, ayudar a las mujeres mediante una enseñanza que les fuera redituable en la música y fundar en el antiguo Colegio de San Miguel de Belem la primera escuela de música de esta ciudad el año de 1740. Con sus dineros personales la estableció, pagando maestros e instrumentos musicales y dotándola con dos fincas que le compró, cuyos productos aseguraban su mantenimiento perpetuo. Así, en la escritura

⁴ Josefina Muriel, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas. Fundaciones del siglo xvi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 149-150.

notarial, declara: “En el augusto nombre de la Santísima Trinidad y de la Virgen María y San Miguel [...] *fundamos desde ahora y para siempre una Escuela de Música.*”⁵ De ella saldrían las jóvenes examinadas y tituladas para ejercer su profesión. Puso este conservatorio bajo el patronato de la mitra, para que fueran sus protectores los arzobispos de México. Con sabios mandatos, dispuso el fundador que los maestros fueran escogidos entre los excelentes y que se nombraran entre los que servían la música de coro de la catedral.

El éxito de esta escuela se manifiesta en una carta al rey, fechada el 7 de octubre de 1751, en la cual el nuevo arzobispo Rubio y Salinas le dice que ya han salido del colegio gran cantidad de doncellas que “son solicitadas en matrimonio sin más dote que sus virtudes” y que “en los conventos se les admite sin dote por sus buenas voces y conocimientos musicales”.⁶ Conservamos los nombres de muchas de éstas. Por ejemplo, el de Úrsula de Alcívar, quien se tituló de música y órgano en 1779; de Gertrudis García, titulada en contrabajo y canto, y de igual especialidad a Ana María Guertas. Y la lista continua mencionando a las que tocaban el bajón y la flauta.

Muy interesante es constatar que las mujeres músicas podían profesar de monjas y casarse sin más dote que sus títulos de músicas y que podían trabajar como parte de las orquestas que tocaban en las fiestas virreinales. (Recuerden a la violinista del biombo del Castillo de Chapultepec.)

La obra del ilustrísimo Vizarrón y Eguiarreta trascendió fuera de los muros de su escuela y llegó después, en 1767, a este Colegio de las Vizcaínas, traída por sus primeras colegialas que habían permanecido años en el Colegio de Belem, esperando los permisos de apertura de la institución vasca.

Por eso, no es extraño encontrar a Ignacio Jerusalem como maestro de música en Belem y después hallar a su hija Micaela Jerusalem como flautista y bajonista en el Colegio de las Vizcaínas donde fue rectora cuatro veces.

Por impredecible destino, en el siglo XIX las corrientes políticas y las luchas ideológicas de México terminaron por unir en la música a estas dos instituciones, porque con motivo de las leyes de Reforma, al concentrarse aquí los colegios de niñas de la ciudad, una pequeña parte del archivo del Colegio de San Miguel de Belem y otra del Colegio

⁵ Gabriel Saldívar, *Historia de la música en México*, 1934, p. 146-147.

⁶ “Carta al rey 7 de octubre, 1751”, AGI, *Audiencia México*, 711.

de la Caridad pasaron a formar parte del de Vizcaínas, en donde las páginas sueltas, rotas, los cuadernos y libros de música se han guardado y clasificado para servir al conocimiento de la cultura de las mujeres novohispanas.

Entre los tesoros musicales que tenemos se encuentran obras para violín que fueron de la escoleta de San Miguel de Belem, compuestas por el maestro Nicolás de Olivari; otras, en forma de pequeñas suites para clavecín, anónimas, datan del siglo XVIII. Hay otras que se hicieron para la escoleta de órgano del Colegio de San Ignacio, ese que les construyó en México don Francisco Pérez de Loja.

Hay antífonas del siglo XVIII para las vísperas de San Ignacio, que eran de la Escoleta de Canto Llano, hechas en tesitura de tiple para que ese canto gregoriano lo interpretaran mujeres.

Existen algunas obras del maestro Ignacio Jersuallem procedentes de la Escuela de Música de San Miguel de Belem, como por ejemplo tres dúos de flauta, y también de él se conoce una composición dedicada a la virgen de Guadalupe, titulada *Non facit telliter*.

En las fiestas de las instituciones se tocaban himnos dedicados a sus titulares. Por ello encontramos un hermoso libro dedicado a san Miguel Arcángel y otros a san Ignacio de Loyola.

Actualmente hay personas trabajando en una reclasificación de la música existente en el Archivo Histórico del Colegio de San Ignacio, Vizcaínas, para poder ofrecer a los musicólogos los repertorios ordenados de autores, obras, fechas e institución de donde proceden.

DOCUMENTO I

“Recibo de pago de Gerónimo de León, organista que arregló el órgano del Colegio de Niñas, 1588”, AHCV, E 16, t. v, v. 5. Versión paleográfica.

Digo yo, Gerónimo de León, organista, que es verdad que recibí de Martín Bribiesca, mayordomo del Colegio de las Niñas, nueve pesos en reales que son por el aderezo del órgano y fuelles y cañones. Y, porque es verdad, lo firmé en el 16 de marzo de 1588 años.

GERÓNIMO DE LEÓN

DOCUMENTO II

“Carta de pago otorgada en 1588 por aderezar el órgano del colegio”, AHCV. Versión paleográfica.

Carta de pago de 9 pesos que se pagaron por aderezar el órgano del colegio con licencia de V.M. Aderezó el señor Gerónimo de León el hórmano que tenía necesidad, tanta en los cañones como en los fuelles. Ha trabajado bien. Suplico a V.M. sea servido que se le dé contento con que se le pague lo que ha trabajado.

Nuestro Señor guarde a V. M. muchos años.

Doña Inés Mejía
A Martín de Bribiesca

DOCUMENTO III

“Portada de la obra *Non facit taliter*”, AHCV, E 26, t. v, v. 26.

Texto: *Non facit taliter* a dos voces y bajo.

Composición de don Ygnacio Jerusalén.

DOCUMENTO IV

“Himno a san Miguel Arcángel”, AHCV, E 26, t. iv, v. 19.

Texto *In festo S. Michaelis Archangeli. Ad Vesperas.*